



EJE: 1. Transformaciones del contexto argentino y latinoamericano en la última década en clave de igualdad y desigualdad.

**“El esfuerzo”: usos en la construcción de fronteras, lógicas de merecimiento y redes de desigualdad con jóvenes de sectores populares en un barrio de La Plata.**

Mariana Chaves

chavesmarian@gmail.com

Universidad Nacional de La Plata (UNLP), CONICET, Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad (LECyS), Facultad de Trabajo Social y Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. CEIPSU, Universidad Nacional de Tres de Febrero. Argentina.

DESIGUALDAD – JOVENES – MERITOCRACIA

La lógica del mérito está presente de variadas formas en el lenguaje cotidiano y estructura muchas de nuestras interacciones. No nos ocuparemos de todas en esta presentación sino de aquellas que suceden en escenarios de interacción donde hay jóvenes de sectores populares, y que actúan como parte de "redes de desigualdades" (Reygadas, 2008). Es decir, analizaremos categorías que organizan la interacción en términos de, por lo menos, dos tipos de personas, acciones, y cualidades, donde una de las partes queda situada en inferioridad y otra en superioridad. Esta jerarquización de la relación puede operarse por criterios compartidos entre las dos partes, o no; en este último caso suele primar el criterio del superior. Queremos ver si -y cómo-, a través de ciertas lógicas meritocráticas se justifica y legitima la distribución y diferenciación de los recursos, de las posiciones de los sujetos y del tipo de relaciones que se establecen con ellos. El análisis de estas lógicas nos permitirán visualizar la

construcción de fronteras sociales, y cómo se operativizan en términos morales. Como mostraremos las categorías apelan y se sostienen en la noción de "orden natural" de lo social, proyectando consecuencias de desigualdad bajo el criterio, "según qué para quién y depende de su esfuerzo". Y además suscribiéndose al viejo proyecto ideológico de la supremacía del "esfuerzo" como única explicación de la distribución en el espacio social (Dubet, 2012), y la "invocación del relato del origen" de la Argentina (Visacovsky, 2012) como comprobación y efecto de verdad-realidad de que "así son las cosas": "el que se esfuerza progresa, y los demás son unos vagos".

Se abordan experiencias de jóvenes de sectores populares, que viven en el Gran La Plata, provincia de Buenos Aires (Argentina). El trabajo de campo se ha realizado desde 2010 y continúa al momento de este libro. Principalmente se ha trabajado con un enfoque etnográfico, incluyendo entrevistas y análisis de productos culturales, documentos y redes sociales. Esta investigación ha sido combinada con un proceso de intervención a través de una organización social y de proyectos de voluntariado y extensión universitaria.

### **Esfuerzo y progreso.**

Remitiremos a tres retóricas donde el esfuerzo aparece como núcleo organizador de diferencias entre "unos" y "otros", activando recursos morales para la construcción de fronteras simbólicas. El primero, con más fuerza y expansión que los otros es la apelación al esfuerzo como explicación del progreso y la movilidad social, El segundo, el esfuerzo como desgaste físico y el valor del trabajo que se le asocia, y el tercero el esfuerzo familiar para la obtención de logros de algunos de sus miembros. Las tres formas pueden aparecer en un mismo relato, mismos sujetos, o mismas familias. Su articulación simbólica potencia y converge hacia la delimitación de la frontera entre quienes se esfuerzan y quienes no se esfuerzan, provocando para cada situación consecuencias de clasificación moralizada de las personas y sus prácticas.

Sobre el primer sentido del esfuerzo vale decir que funciona en articulación con la proyección de progreso, y con la constatación del cumplimiento de una movilidad social ascendente desde la perspectiva de los sujetos que enuncian. Todas las trayectorias familiares en estudio resultaron narradas en términos de movilidad social ascendente. Es preciso para comprender esta interpretación conocer el itinerario de las familias y sus sectores de clase que fuera reconstruido en la investigación hasta tres o cuatro generaciones atrás colocando el ego en el o la joven. El relato de la mejora en las condiciones de vida se refiere principalmente a cuatro tópicos: 1) Acceso

a tierra y/o vivienda, medido por propiedad, posesión, ocupación y tipo de materiales; 2) Acceso a infraestructura y servicios: luz, agua, gas, cloacas, asfalto, transporte, salud, educación; 3) trabajo, mayores opciones laborales, mejores condiciones de trabajo y trabajos simbólicamente más prestigiosos, en el proceso migratorio el trayecto es de un trabajo rural, principalmente cosecha de yerba mate, té y algodón, a trabajos urbanos; 4) Acceso a políticas públicas: políticas sociales, salud y educación.

El discurso del “progreso” individual se explica en el discurso nativo por el proceso de migración a centros urbanos, ubicándose en zonas de la ciudad que representan una mejora de sus condiciones de vida previa. Pero que resultan “situaciones periféricas” (desigualdad negativa) en el nuevo espacio urbano. En la trayectoria de mejora se solapa la movilidad residencial con la movilidad social. El esfuerzo de la construcción de la casa propia, y “las mejoras” que se le han ido realizando, aún con sus materiales de chapas y maderas, son los ladrillos que no se tienen aún en muchos casos, pero que construyen la materialidad del progreso. Estas movildades (“mejoras”, “arreglos”) se reconocen logradas con base en un esfuerzo individual (acción individual), y se articula con -es la base de- tres tipos de acciones colectivas distintas: el esfuerzo familiar (en párrafos siguientes se profundiza), la organización y solidaridad entre vecinos, familia política, paisanos u organizaciones comunitarias o políticas, y finalmente la acción estatal (políticas públicas), y todas las posibilidades de combinarlas. Estas movildades intra sector de clase se cuentan en una narración semejante a la que nos ofrecen Garguin (2009), Visacovsky (2010) y Adamovsky (2012) para la constitución del relato de la nación en su mito de la inmigración europea y de la emergencia de la clase media. Pareciera que las migraciones en su movimiento geográfico traen siempre un desplazamiento en el espacio social, pero como bien sabemos, esto no es necesariamente una efectivización en condiciones objetivas, pero no le quita peso en su carácter simbólico confirmatorio de la necesidad y éxito de dicho traslado.

Podríamos hipotetizar que si aquel discurso del “sueño argentino” (Chaves, 2010) es legítimo como relato de inclusión en la Nación, hay cierto carácter de apropiación -de pautas de la dominación-, en su acepción por los sectores populares. Sobre todo cuando es utilizado para generar distinciones entre vecinos, y dentro de la pobreza, entre un nosotros que se esfuerza, y un otro que no “se esfuerza” para lograr la movilidad. Emerge explícitamente un deseo de estar entre iguales: “trabajadores y buena gente” versus los vagos, donde entran tanto los que viven de la plata rápida de actividades delictivas -con sus diferencias entre los “transas” y los “chorros”-, como los

que “no les gusta trabajar”, o “ya están perdidos”, haciendo referencia a personas con usos problemáticos de sustancias, principalmente alcohol y drogas.

El segundo modo en que hemos identificado el esfuerzo, es en el formato del relato del esfuerzo como desgaste físico. Los jóvenes varones y mujeres que trabajan en las cooperativas que mantienen la ciudad, o los varones que trabajan en la construcción incorporándose en el último eslabón de esa cadena productiva - el que acarrea las bolsas, sube ladrillos o prepara la mezcla-, o las chicas que friegan y friegan, "se les nota" con imponente certeza, y ellos relatan con lujo de detalles, las marcas del desgaste corporal. Lo demuestran en las entrevistas, hacen comentarios sobre eso al llegar cansados a las actividades recreativas en la ONG, al justificar sus ausencias a alguna salida o encuentro, o al pasar como si se tratara a veces de algo sin importancia, o al contrario para que nos quede registro (saben que escribimos sobre sus vidas): "Estaba quemado", "roto", "toy muerta", "re-cansada quedé", "mirá como tengo las manos", "este corte me lo hice ayer juntando las ramas en el camión", "esta quemadura fue en la panadería". Al desgaste físico hay que sumarle el daño físico tanto por los accidentes de trabajo (la quemadura, los cortes) que ninguno de sus empleos cubre y cura, como por las malas condiciones de trabajo que los exponen a ambientes tóxicos y con altos riesgos.

Este esfuerzo es el que articula los relatos que, además de explicar sus propias vidas, marca diferencias con las de otros por el tipo de trabajo y por las peores condiciones de vida que tienen. Se genera una frontera simbólica entre quienes se ganan la vida con el desgaste físico, y los que trabajan “sentados en un escritorio, todo el día con una computadora” refiriéndose a los jóvenes más grandes, los adultos o la investigadora que hacía el trabajo de campo, o son chetos, “nenes de papá que lo tienen todo servido” cuando se trata de pares generacionales. Recordemos que estamos hablando de jóvenes que tienen entre 13 y 21 años (esta es la amplitud etaria de este referente empírico), que han iniciado su vida laboral algunos desde los 7 u 8 años, unos pocos con menos aún y otros más tarde, pero a los 13 años todos ya han trabajado por dinero alguna vez, y tienen claro conocimiento que deben trabajar de alguna manera para sumar a las estrategias de reproducción familiar. Puede ser cuidando hermanos y haciéndose cargo de la casa mientras los padres están en sus tareas, o bien rebuscándosela entre las organizaciones del barrio para sumar alimentos (Hernández, 2016), o vendiendo su propia fuerza de trabajo (esto último tiene sus excepciones en los que se encuentran escolarizados sin o con poca sobreedad según los clasifica el sistema educativo).

En una diferenciación con los adultos con los cuales se igualan por la condición de trabajadores, aunque son edades distintas, esta clasificación los autoafirma en el valor moral del trabajo rudo, fuerte, con esfuerzo de desgaste físico. Percibido como más difícil en contraposición a un trabajo más fácil, que llevarían a cabo las personas de otros sectores sociales. La valoración positiva del esfuerzo propio, de la condición de trabajadores rudos y aguantadores, los confirma en su posición de clase con por lo menos un doble efecto de poder: el reconocimiento positivo al interior de su sector de clase como “los trabajadores”, y una pretensión de reconocimiento positivo al exterior de su sector de clase como “los que trabajan”. Pero este reconocimiento que se valoriza positivo en una instancia debe estar acompañado de sumisiones y obediencias, autocontrol y respeto por la autoridad para que se valide frente al otro, y aún con eso, será en definitiva un reconocimiento negativo porque en la escala del valor moral del trabajo que tiene el “otro”, la patrona, el jefe, el empleado de oficina, el dueño, el gerente, son trabajadores de fuerza física, y esta posición hace siglos que es inferior en la escala moral de los trabajos en acuerdo a la división social del trabajo y sus prestigios, mucho antes aún de la conformación del capitalismo actual y de “los planes”.

La tercera forma del esfuerzo dijimos era el esfuerzo familiar para el logro de alguno/s de sus miembros. La forma más extrema en que esto apareció en el barrio es en la expresión de uno de los mayores deseos de las madres y los padres: “que los hijos crezcan”. Que los hijos crezcan cobra el sentido de una literalidad profunda cuando se vive o se ha vivido en condiciones de extrema pobreza. Quiere decir que los hijos vivan. Que no se hayan muerto de desnutrición infantil o ausencia de condiciones sanitarias o atención médica oportuna, que no se hayan muerto en un accidente, y ya en la adolescencia y juventud, “que no me lo maten”. Los sacrificios familiares, explicados tanto por las abuelas, madres, padres como por los propios jóvenes dan cuenta de cómo el núcleo originario, y en su papel más protagónico las madres en su gran mayoría, realizan múltiples y cotidianos arreglos para priorizar a los más pequeños. Tanto en la economía familiar, como en la distribución del tiempo, puede verse quiénes son los “más atendidos”, a quienes se les da prioridad, con qué criterios se definen los gastos, a quiénes se les obliga a ir a la escuela y a quiénes o cuándo ir a trabajar. Los arreglos familiares (esfuerzo familiar) crean a su vez las condiciones de posibilidad de la realización “del esfuerzo propio”. Poder criar “bien” un hijo, haber sido “bien criado”, “deberle todo a la vieja”, o “hacer todo por mis hijos” son frases que remiten al valor moral del esfuerzo sacrificial por el otro miembro de la familia y relación sanguínea de filiación. “Fallarle a la vieja” es de las peores angustias de los y las jóvenes. “Rescatarme por mi vieja” de los más leales intentos de retribución. “No

haberle podido dar todo” de las tristezas más densas con las que se culpabilizan los padres, y de los criterios que se usa en el barrio para construir fronteras morales entre las buenas y las malas madres.

## Cierre

Las categorías de actores, según quién sea el enunciador se posicionarán en un lado u otro de la frontera. Es muy probable que quien se enuncie como "trabajador" sea nombrado por otro, en el mismo barrio o por fuera de éste, como "vago". Ya mostramos que no siempre las categorías de autoadscripción en el sistema de clasificación coinciden con las dadas por otro. Aquí cobran importancia dos cuestiones. Por un lado recordar, para decirlo de algún modo, que es necesario el aval del público. Es decir que se legitime la clasificación en distintos contextos de interacción. A mayor cantidad de ámbitos donde se pueda trasladar y usar exitosamente la categoría, mayores experiencias de desigualdad, y más profundo va a calar su reproducción. Por otro lado, también retomar que en la lógica del merecimiento, es preciso que se compruebe que tiene que merecerse tanto que le vaya bien, como que le vaya mal -según corresponda-. En este sentido las distinciones en la sociabilidad barrial entre un nosotros y un otro que no “se esfuerza” para lograr la movilidad, se acompaña con un deseo de estar entre iguales: trabajadores y buena gente, que a su vez les permitiera ser aceptados por la categoría extra barrial de "trabajadores" y despegarse del estigma de "tal barrio, todos pobres, todos vagos". Esa ilusión de desmarcarse está basada, nuevamente, en la creencia de la existencia de un sentido único, y no de que se trata de un sistema de categorías cuya utilidad - una de ellas- es mantener las distancias sociales.

## Bibliografía

- Adamovsky, Ezequiel (2012). *Historia de las clases populares en la Argentina: Desde 1880 hasta 2003*. Sudamericana.
- Chaves, Mariana (2010) *Jóvenes, territorios y complicidades*, Buenos Aires, Espacio.
- Dubet, Francois (2012) *Repensar la justicia social*; Buenos Aires; Siglo XXI.
- Garguin, Enrique (2009) "Los argentinos descendemos de los barcos". Articulación racial de la identidad de clase media en Argentina (1920-1960)" en Visacovsky y Garguin (comp). *Moralidades, economías e identidades desde clase media*. Buenos Aires, Antropofagia.
- Hernández, María Celeste (2016) ““Crecer en la ciudad: usos y representaciones del espacio urbano entre niños y niñas de La Plata (Provincia de Buenos Aires)” Tesis doctoral. Doctorado en Antropología, IDAES-Universidad Nacional de San Martín.
- Reygadas, Luis. (2008). *La apropiación: destejando las redes de la desigualdad*. Rubí, Barcelona, Anthropos.
- Visacovsky, Sergio (2010) "Hasta la próxima crisis": historia cíclica, virtudes genealógicas y la identidad de clase media entre los afectados por la debacle financiera en la Argentina, 2001-2002". *Documentos de Trabajo del Centro de Investigación y Docencia Económicas* (CIDE), N 68.

Visacovsky, Sergio (2012) "Experiencias de descenso social: percepciónn de fronteras sociales e identidad de clase media en la Argentina post-crisis" *Pensamiento iberoamericano*, N°10, págs. 133-168.